



Cuento

Premio, Concurso XXV

FELIZ CUMPLEAÑOS

Edmée Pardo Murray

El hombre sale de un baño del aeropuerto de Narita. Tiene los cabellos húmedos del sudor que escurre por su frente. Camina agitado. La gabardina y su actitud le dan aire de ejecutivo en aprietos. El hombre camina y gira constantemente hacia atrás. Apresura el paso y queda perdido en el gentío que avanza por el corredor llegando, o como él, saliendo. En la puerta G-32 mira el número de su vuelo, JAL 511, en focos diminutos. El hombre observa: nadie va detrás suyo. Aborda rumbo a México el 16 de noviembre a las 17:50.

Despierta en un cuarto de hotel. Mira el reloj. Han pasado las dos primeras horas y media del día de su cumpleaños. Todavía faltan quince para que se cumpla el momento de su nacimiento. Catorce horas con cincuenta y siete minutos para ser exacto. Prende el televisor y ojea todos los canales, los que están a rayas y en los que hay imagen, una y mil veces. No comprende lo que dicen, no lo distraen, no lo entretienen. La luz azul de la pantalla ilumina el ropero abierto y el único traje que de ahí

pende. Sus zapatos negros con suela de goma bien lustrados y en el buró, la caja de palillos metálicos puntiagudos en ambos extremos.

El avión despegó de manera rutinaria, sin sobresaltos. En pleno vuelo se siente más tranquilo a pesar de la señora de junto: esa vieja gorda que apenas cabe en el asiento le da desconfianza porque constantemente lo mira y él ya no sabe si sonreírle o ignorarla. Una mujer excesivamente maquillada ofrece bebidas. Cuando es su turno pide ginebra y al estirar la mano para recibirla se da cuenta que la manga de su camisa lleva una mancha en el borde. Roja. Marrón es el color más preciso para definirla. Cuando la ve casi tira el vaso sobre la vecina. Apura un trago y otro esperando que el pasillo se desocupe para que pueda ir al baño, lavar la mancha y arreglarse el pelo que adivina despeinado.

No ha podido dormir. En calzoncillos lustra sus zapatos negros. Después disfruta los cientos de reflejos adiamantados que brotan de los palillos metálicos con la luz del buró. Los mira así, mucho rato. Ojea nuevamente los canales de televisión. Proyectan una película en un idioma que no comprende y un noticiario. Ninguno le interesa. Toma un poco de grasa negra, y bolea, otra vez, sus zapatos. Pero lo que él quisiera es dormir diez horas más, de corrido, sin interrupciones. Caer en un sueño profundo.

Al frente del pasillo una pantalla silente atrae la mirada de casi todos los pasajeros. La gorda mira atenta y acomoda a cada tanto sus audífonos mientras con la mano mueve los cana-

les de sonido. Él ha caído en un sueño profundo. En el rostro se le ve la angustia de lo acontecido, sus ganas de llegar a México, de quitarse esa ropa y olvidar la sangre que vio en los mosaicos del baño, el horror del rostro que tuvo que ver su propia muerte: ojos abiertos ante cuerpos desnudos, uno dibujaba en el otro hilos rojos con la punta de un cuchillo. Decoraban la piel del hombre amarrado de pies y manos.

El ruido de moscas en la pantalla es sustituido por una voz chillona que saluda. El hombre despierta. Es día de su cumpleaños y nadie lo despertó como cuando niño, con las mañanitas. En lugar de eso alguien adentro de la caja azul platica el estado del tiempo. Es su cumpleaños y no hay fiesta sorpresa, ni pastel con velitas. Está solo en la habitación gris de hotel donde una luz, gris también, se cuelga por la cortina. Todavía faltan casi once horas para que sea la hora en que nació hace treinta y dos años. Treinta y dos años y nadie lo recuerda. Lo olvidaron desde que, a los once, metió el gato de la abuela a la olla exprés e hizo explosión llenando la cocina de sangre negra. Salió de casa para no volver nunca y pasar todos sus cumpleaños solo, sin regalos ni serpentinas.

El avión aterriza en Vancouver. Los pasajeros tendrán que salir y esperar una hora con veinte minutos para regresar al avión y embarcarse rumbo a México. El hombre abraza el maletín que antes descansaba a sus pies. Gira hacia todos lados, observa por la ventanilla y nada extraño sucede. Afuera es de día. La señora gorda se ha puesto de pie y acomoda su falda florida

por la inmensidad de sus nalgas. La gente no camina y por el altavoz avisan que no podrán bajar, que el aeropuerto sufre de un congestionamiento, que no hay por qué preocuparse. La gente cuyo destino es Vancouver se enfila para irse, son los únicos que podrán salir. La señora gorda se va y no aparece más en el avión ni en la historia. El hombre queda ahí, mira su reloj y se da cuenta que en Narita son las primeras dos horas del diecisiete de noviembre. No le importa quedarse confinado al mismo sitio que ocupa desde hace casi nueve horas, siente más seguridad guardado en la nave pensando que en Narita es otro día.

Un par de zapatos negros salen y entran a distintos comercios. Es el hombre con su único traje en el día de su cumpleaños deambulando por las calles del centro. Mira con aparente calma los aparadores. Busca algo. Entra y sale. La bolsa que lleva en la mano parece irse inflando.

El avión deja piso canadiense y arranca rumbo a México. En su mente siguen dibujadas las imágenes casi amorosas. Dos hombres desnudos en un baño. Atrancan la puerta para tener intimidad. Dos hombres: uno yaciendo sobre el piso, otro sobre él hurgando su cuerpo. La escena casi amorosa se torna violenta. El hombre en el piso está atado, amordazado. El hombre sobre él toma un cuchillo y traza su cuerpo. Le clava agujas afiladas en las orillas de los párpados. Si cierra los ojos se perfora. Está obligado a ver mientras lo tortura. El hombre con el puñal tiene una erección.

Faltan cinco horas para que cumpla

perfectamente sus treinta y dos años. En una cafetería pide dos hamburguesas cocidas y mientras espera limpia sus zapatos con una servilleta. Los mira complacido porque no muestran lo que han andado. Los mira nervioso porque pronto será el momento.

En el avión se anuncia aterrizaje en suelo mexicano. La voz despierta al hombre. Mira la manga de su camisa y la mancha sigue ahí. No comprende en qué momento pudo ocurrir, si todo lo hizo a la perfección. Se quitó prenda por prenda para no mancharlas antes de abrazar por la espalda al otro hombre y amarrarlo. Quizá cuando tomó el cuchillo para arrojarlo por la alcantarilla del baño, o cuando la víctima desmayó y los párpados se juntaron como fuente expulsando chorros finísimos de sangre o quizá cuando acomodó los testículos en las manos del muerto. Hace más de doce horas que en Narita la noticia corre pero él está a salvo.

Zapatos negros de goma buscan un lugar alejado del flujo de extranjeros que llegan o regresan. A lo lejos se oyen voces repetidas. El altavoz anuncia la llegada de un vuelo entre otros tantos. Una marea de personas sale del gusano conectado al avión. Un hombre de traje gris con la manga manchada va entre la gente. Sus zapatos brillan, están perfectamente bien lustrados. Pregunta el día y la fecha. Es 16 de noviembre, día de su cumpleaños. Faltan cinco minutos para que sean las 17:30, hora en la que nació. El hombre sujeta su maletín y corre rumbo a un baño. Hay alguien adentro. Entra y atranca la puerta.